

Así, pues, esta Perla de tan alto precio es hoy cuando se ha formado, hoy cuando se ha encontrado, cuando se ha descubierto. Hoy el Verbo de Dios, el verdadero Rocío celeste, ha descendido al seno purísimo de María; hoy se ha hecho Hombre para habitar entre los hombres y repartir entre ellos los tesoros infinitos de la verdad y de la gracia divina de que está colmado como Hijo de Dios (1).

Hagamos, pues, por penetrar y comprender, tanto como es posible, este profundo misterio de la infinita condescendencia de Dios, de nuestra esperanza y de nuestra salud.

El Verbo eterno toma carne humana; pero la toma de la carne virginal y santa de María, por la sola virtud del Espíritu Santo, sin cooperacion del hombre, sin la concupiscencia y el desorden del pecado. Esta humanidad es, pues, inocente, santa, pura, inmaculada; y por tanto hé ahí un Hombre que nada debe al demonio, que no está sujeto á su imperio, que no es su esclavo, que puede combatirlo y vencerlo. Á esta naturaleza humana esta unida hipostáticamente la Persona del Verbo, el Hijo de Dios, de manera que, en Jesucristo, Dios es verdaderamente Hombre y el Hombre es verdaderamente Dios. Hé aquí, pues, un Hombre justo, santo, puro, con la justicia, la santidad y la pureza de Dios mismo, agradable á Dios, objeto de las paternales complacencias de Dios, como Hijo de Dios, al cual se deben de derecho la gracia, la vision, la posesion, la gloria de Dios su Padre. ¡Oh Perla verdaderamente inapreciable y única!

¡Pero ay! ¡Desgraciados de nosotros! ¿De qué sirve á la humanidad entera que en Jesucristo haya un Hombre tan santo, si todos los demas son pecadores? ¿De qué sirve que haya un Hombre libre de la tiranía del demonio, si los demas son sus esclavos? ¿Que haya un hombre querido de Dios, amigo de Dios, digno de todos los favores, los dones y el amor de Dios, si los demas son enemigos de Dios, aborrecibles á sus ojos, dignos solamente de sus anatemas, de su indignacion, de su justicia, de sus castigos? ¿Qué nos importa que Jesucristo esté colmado de todos los privilegios y riquezas de la Divinidad, si por eso mismo está á una distancia infinita de nosotros y no podemos tener nada de comun con Él? ¡Ay, así las gracias, los privilegios, la dicha de la santa

(1) Verbum caro factum est et habitavit in nobis. (Joan., 1.)

humanidad de Jesucristo no sirven más que para hacernos sentir más vivamente nuestra degradacion y nuestra miseria!

Pero no, no es así. Este Rocío elegido no ha descendido de los cielos para formar una Perla tan excelente, sino expresamente para nosotros, hombres desgraciados, para nuestra redencion y nuestra salud eterna (1).

Para nosotros es este Niño divino que el ángel declara haber ya nacido en el seno de María (2); para nosotros este admirable compuesto que la virginidad de María ha concebido (3). Dios mismo por su Profeta nos ha dado la seguridad de que nos lo ha cedido en su misericordia, que lo ha hecho nacer expresamente para nosotros (4). Es nuestra propiedad, nuestra riqueza, nuestro tesoro; es una Víctima en nuestro provecho, y así, todo lo que esta Humanidad santa opera, lo merece, lo obtiene por nosotros, ó más bien, nosotros lo operamos, lo merecemos, lo obtenemos en Él; como ha llegado á ser lo que nosotros somos, nosotros, por nuestra union con Él, llegamos á ser lo que Él es. Dios se ha hecho Hombre, y así como todo hombre ha sido asociado é incorporado á esta humanidad, así todo hombre, dice San Agustin, puede llegar á ser Dios (5); llegando á ser Dios cada uno de nosotros, dice San Pablo, llega á ser la santidad, la inocencia, la justicia misma de Dios (6). Y hé aquí por qué (¡grande y consolador misterio!), añade el mismo Apóstol, en el Hijo de Dios hecho hombre Dios nos ha dado todas las cosas, porque todas están en Él; y en Él y por Él somos ricos de toda la riqueza espiritual (7).

¡Oh, cómo ha cambiado nuestra condicion por este misterio! Dios habia creado al hombre para que pudiese adquirir derechos á la vision beatífica en el reino de los cielos, en cambio de las perlas preciosas de una buena conducta. Pero el hombre, en vez de procurar de obtener de Dios su gracia y su reino á precio de

(1) Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis.

(2) Quod in ea natum est. (Luc., 1.)

(3) Nostrum est quod concepit materna virginitas. (S. Aug.)

(4) Puer natus est nobis, filius datus est nobis. (Is., IX.)

(5) Deus factus est homo, ut homo fieret Deus. (S. Aug.)

(6) Ut nos efficeremur justitia Dei in illo. (II, Cor., v.)

(7) Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit. (Rom., VIII.) In omnibus divites facti estis in illo. (I, Cor., I.)

la docilidad en escuchar la palabra de Dios y de la fidelidad en observar sus mandamientos, entró en tratos con el demonio, ese odioso comerciante de imposturas y engaños, creyendo adquirir la semejanza con Dios, la ciencia de Dios, la inmortalidad de Dios, á precio de la desobediencia y del desprecio de Dios (1). Sabemos cuál fué el resultado de este contrato igualmente insensato y criminal. En lugar de obtener lo que deseaba, perdió lo que poseía. En lugar de obtener la semejanza con Dios por la ciencia, perdió lo que constituía la integridad y la perfección de su naturaleza de hombre; en lugar de compartir la vida y la inmortalidad de Dios, quedó sujeto á la muerte como los brutos. Es decir, que aquel comerciante imprudente y sacrilego, sufrió la quiebra más deplorable y funesta. Quedó pobre de todas las cosas, desnudo de todo, vendido al demonio á título de esclavo, deudor para con Dios, arrojado del trono de gloria que ocupaba como rey de toda la creación, relegado al último grado de los seres animados, confundido con el bruto por la ferocidad de sus instintos, después de haber estado por su inteligencia asociado á la vida de los ángeles y de Dios mismo.

Ahora, para venir al socorro de este negociante arruinado, Jesucristo ha descendido, rico negociante del cielo para tratar con nosotros de nuestra salud, así como el demonio había venido para negociar nuestra ruina. Jesucristo nos propone un admirable tráfico, un cambio de valores en que todas las pérdidas, todas las fatigas son para Él; la ventaja y el provecho todo para nosotros (2). Ha venido para recibir de nosotros la perla falsa de nuestra caída, y nos ha dado en cambio la preciosa joya de su gloriosa naturaleza; es decir, que ha tomado sobre Sí nuestro pecado, nuestras miserias, nuestros delitos, nuestra condición de esclavos, nuestros pecados y los castigos que merecemos, para comunicarnos su santidad, su gracia, sus méritos, sus derechos, sus divinos privilegios; se ha puesto en nuestro lugar y nos ha colocado en el suyo, y al aceptar nuestras pérdidas nos prepara el remedio (3).

(1) Eritis sicut dii scientes bonum est malum. (*Genes.*, III.)

(2) Venit negociator caeli, et permutatione mirabili nobiscum commercium iniit salutare.

(3) Venit nostra accipiens et sua retribuens; infirmitatis nostrae effectus participando curabat.

¡Oh precioso comercio! ¡Oh saludable tráfico, en virtud del cual, por este Hijo del hombre y al mismo tiempo Hijo de Dios, podemos cubrir nuestra antigua quiebra! ¡Tráfico ventajoso que Jesucristo nos permite hacer con Él para que recobremos lo que habíamos perdido en el primer tráfico con el demonio! No se trata más que de asociarse á Dios hecho Hombre, de comprar esta Perla descubierta para todos, que á todos se ofrece y se da: *Inventa una pretiosa*; no se trata más que de tomarla, de poseerla, de ponerla en nuestro corazón. Con ella podremos pagar nuestro rescate de la esclavitud del demonio, la deuda inmensa contraída con la Justicia divina, y hacernos devolver el funesto autógrafo, la obligación suscrita por nosotros, según la cual, como deudores insolventes, estábamos condenados á eterna prisión. Con Ella podemos pagar toda la deuda, obtener todo mérito, recobrar todo derecho; y no solamente podremos entrar en nuestro antiguo estado, en nuestra primitiva condición, sino aún mejorar, llegar á ser, no únicamente siervos de Dios, sino sus amigos y sus hijos, y como tales sus herederos, herederos de Dios, coherederos de Jesucristo (1), poseedores de su reino, compañeros de su gloria, asociados á su felicidad; de manera que el misterio de la Encarnación es un misterio en el cual, con Jesucristo, tenemos todas las cosas, lo recobramos todo, entramos en posesión de todo, somos ricos, y abundamos en todo bien: *In omnibus divites facti estis!* Puesto que hemos encontrado la Perla por excelencia, á Dios mismo, el solo precio que podemos dar por el reino de los cielos, no nos queda más que sacrificar todo lo que nos pertenece para adquirirla. De esto, pues, hablaremos en la segunda parte.

SEGUNDO PUNTO. Quien primero supo experimentar y apropiarse el valor infinito de la incomparable Perla de los cielos, ha sido María, en cuyo seno se cumple hoy el augustísimo misterio de un Dios encarnado.

En el momento en que María concibió el Verbo eterno, recibió todas las gracias, todos los dones, todos los privilegios que ninguna criatura fué capaz de recibir. Según el testimonio unánime de todos los Padres, de todos los teólogos é intérpretes, obtuvo el hábito de todas las virtudes, obtuvo en su mayor per-

(1) Hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. (*Rom.*, VIII.)

feccion todos los frutos, todos los dones del Espíritu Santo, todas las beatitudes, los favores, los privilegios divinos en su más grande extension, la revelacion de su predestinacion eterna en toda su claridad, la vision de la esencia divina que habitaba en Ella en todo su esplendor; como Madre de Dios, fué despues de Dios el Sér más noble, más augusto, más digno de veneracion y de homenaje, la Reina de los ángeles, la Madre de los hombres, la Potencia soberana del universo entero. Salomon profetizó con razon sobre este punto, que por el solo misterio del Verbo encarnado en el seno de María, le sería dado sobresalir en riqueza, en gloria, en mérito y en virtud entre las más nobles y virtuosas de todas las criaturas (1).

Pero esta riqueza ¿debe ser toda exclusivamente de María? No; porque Jesucristo mismo ha dicho: «Porque el que hiciere la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana y mi madre» (2). Y María misma, segun San Agustin, ántes de concebir á Jesucristo en su seno, le habia concebido en su corazon por la práctica de todas las virtudes (3). Así, todos podemos de la misma manera concebir y engendrar en nosotros espiritualmente el Verbo de Dios; porque descendiendole verdaderamente, habita realmente en la inteligencia del cristiano por su verdad, en su corazon por su gracia, y más realmente aún en su cuerpo por el sacramento de la Eucaristía. Así el verdadero cristiano, el humilde hijo de la Iglesia que cautiva su inteligencia por la sumision de una verdadera fe en Jesucristo, que somete su corazon á los sacrificios exigidos por su ley, que se le aproxima por medio del sacramento de la Eucaristía, recibe el Verbo mismo de Dios, lo concibe, lo engendra, se une á Él, se identifica con Él, se transforma y llega á ser una misma cosa en Él y con Él: es rico como María, aunque no sea con la misma abundancia; participa de una manera real, efectiva, eficaz, de todas las gracias de Jesucristo, de todos sus méritos, de todos sus derechos, de todos sus privilegios; posee la Perla verdaderamente preciosa

(1) *Multæ filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.* (*Prov.*, xxxi.)

(2) *Quicumque fecerit voluntatem Patris mei, hic meus frater, et soror, et mater est.* (*Marc.*, iii.)

(3) *Prius concepit verbum Dei mente quam corpore.* (*S. Aug.*)

que lo enriquece durante su vida, le regocija á su muerte y le asegura la posesion de la bienaventuranza eterna; posee en la tierra del reino de Dios, y se lo asegura para el cielo (1).

Pero si María ha sido digna de concebir á Jesucristo, de poseer esta Perla incomparable, es únicamente porque, anticipándose al consejo evangélico, se ha dado á Sí misma todo lo que poseia para hacer la adquisicion, y por medio de la humildad más profunda, del amor más ferviente, de la virtud más intacta, del desprendimiento más heróico, habia ofrecido á Dios su inteligencia, su corazon, sus bienes, su cuerpo virginal, su vida entera, habia dado todo lo que tenía, todo lo que era: *Dedit omnia sua.*

¡Sí, los Apóstoles, los mártires, los confesores han vertido su sangre, dado su vida, se han inmolado con todo género de sacrificios para adquirir esta Perla preciosa, para poseer á Jesucristo! Á nosotros no se nos pide tanto. Sólo se nos exige que no corramos locamente tras los honores, que son un vapor que tan pronto se disipa; que no anhelemos las riquezas que tan pronto debe robarnos la mano de la muerte; que renunciemos á una passion vergonzosa y á los placeres de la carne que nos degradan á nuestros propios ojos, así como nos pierden ante Dios; que mortifiquemos un poco este cuerpo que pronto debe estar en putrefaccion. Á tan bajo precio podemos comprar á Jesucristo, á Dios su amistad, su gracia, su divina filiacion, su gloria.

¡Qué negociantes tan insensatos somos si no aprovechamos la ocasion que se nos ofrece de hacer tan ventajosa compra, de adquirir, á precio de ligeras fatigas en el tiempo, las riquezas de la eternidad!

¡Sí, tomemos como San Pablo la resolucion de despreciar las cosas terrestres, las cosas sensibles, para tener la dicha de adquirir á Jesucristo, nuestro tesoro, nuestra riqueza, nuestro bien nuestro todo (2).

Cuando poseamos todo eso, no hagamos lo que los insensatos mundanos, que llevan como adorno las perlas materiales y hacen de ellas un objeto de vanidad y de orgullo á los ojos de los hombres. Sepamos llevar con ornamento la Perla espiritual,

(1) *Regnum Dei intra vos est.* (*Luc.*, xviii.)

(2) *Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam.* (*Philipp.*, iii.)

Jesucristo; hagamos de Ella un título de gloria ante Dios (1).

Llevemos esa joya preciosa en nuestra frente por una verdadera profesión de fe, en nuestro pecho por la pureza de nuestro corazón, en nuestra cabeza por la elevación de nuestros pensamientos, en los dedos por la práctica de las buenas obras, en nuestra cintura por una pureza sin mancha, en nuestros vestidos por la humanidad y la modestia. En una palabra, que por la edificación de todos reine y se manifieste en nosotros la vida simple, mortificada y pura de Jesucristo (2). De esta manera, nos dice un intérprete, llevando á Jesucristo en nuestro corazón, Él nos llevará en el suyo; siendo Jesucristo la Perla única, el ornamento que preferimos á todos, seremos también la perla preciosa y preferida, el ornamento con que se glorificará Jesucristo (3).

¡Oh María, santísima, purísima, bienaventurada, de cuyas manos hemos recibido, gracias á vuestro consentimiento, el precioso Tesoro de Dios hecho Hombre, haced que comprendamos la excelencia de ese Tesoro; que conozcamos todo el valor de la Perla única que es vuestro Hijo; que para adquirirla lo sacrifiquemos todo, á fin de que, también nosotros lleguemos á ser perlas de gran precio y podamos tener la dicha de entrar en la construcción de los muros de la celeste Sion. Haced que nosotros, que nos encontramos reunidos en este templo de la Jerusalem terrestre, podamos también ser del número de las piedras preciosas de que se componen los muros y las torres de la celeste Jerusalem, y que deben eternamente realzar su gloria (4).

(1) Glorificate et portate Deum in corpore vestro. (1. Cor., VI.) Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi... Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. (Gal., VI.)

(2) Ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. (II. Cor., IV.)

(3) Ut efficiamur ipse margarita pretiosa. (Salmeron.)

(4) Lapidés pretiosi omnes muri tui, et turres Jerusalem gemmis ædificabuntur. (Offic. Dedic.)

VIGÉSIMA CUARTA HOMILÍA.

EL SAMARITANO,

Ó EL AMOR DE DIOS Á LA HUMANIDAD.

Venit Filius hominis querere et salvum facere quod perierat. (SAN LUCAS, XIX.)

Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que había perdido.

Grande es y profunda esta revelación de San Juan: «Porque la ley fué dada por Moisés; más la gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo» (1). Lo que significa, que tanto es Moisés inferior á Jesucristo en dignidad y mérito personal, cuanto, bajo el punto de vista de la excelencia y la perfección es la ley inferior al Evangelio.

En efecto, según San Pablo, la ley fué una alianza de severidad y de rigor; el Evangelio es una alianza de misericordia y de bondad. La ley fué una alianza entre señor y siervo; el Evangelio es una alianza entre amigo y amigo, entre el padre y sus hijos. La ley fué una alianza fundada sobre el temor; el Evangelio es una alianza cuyo principio es el amor (2).

Toda esta doctrina la ha resumido y formulado Jesucristo en pocas palabras, diciendo: «Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que había perdido: *Querere et salvum facere quod perierat.*»

(1) Lex per Moysem data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est. (Joan., I.)

(2) Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore. Sed accepistis spiritum adoptionis filiorum in quo clamamus abba, Pater. (Rom., VIII.)